

dad y el sentido común, víctimas de una monstruosa—especie de *trifauce sabandija*, como diría D. Peregrín García Cadena—que se compone de esas tres grandes mentiras, disecadas por Max Nordau, sobre las cuales se basa nuestra decrepita civilización.

¡Apenas hay solitarias que arrojar!

Y éstas no son como las que ahora “se estilan,, sino que han pasado de moda; á pesar de lo cual, viven, y chupan, y engordan, y prosperan á expensas de los míseros humanos.

A lo mejor surge algún redentor que intenta expulsar el horrendo parásito; y, con efecto, si no le prohíben la consulta, le ahorcan... ó le crucifican.

La ténia, puesta ahora de moda por todo el que es verdaderamente *chic* y rigurosamente *pschutt*, es el símbolo de lo tradicional, de lo correcto, de lo formal, de lo admitido y de lo consagrado.

Y para no ponerse fuera de la ley, hay que sufrirlo y llevarlo en las entrañas.

Junio de 1889.



¡NO MAS VIEJOS!

¿Ustedes no saben quién es M. Brown Séquard?

Pues yo se lo diré.

M. Brown-Séquard es un sabio parisiense, un profesor del Colegio de Francia, una persona formal, un anciano venerable.

Es decir, tanto como venerable...

¿Venerarían ustedes á un anciano que, habiendo cumplido con exceso los sesenta, saliese por

ahí en busca de aventuras amorosas y emprendiese toda clase de conquistas, y, lo que es más grave, las llevase á feliz término y remate con toda la bravura y pujanza de un toro de seis años?

Esto causaría admiración ó envidia, pero no veneración.

Admiren ustedes, pues, y envidien á M. Brown-Séquad, sin perjuicio de banderillar á sus órdenes; porque si el hombre "torea" con tanto vigor á su avanzada edad, no quiere torear solo, sino que, por el contrario, su mayor anhelo se cifra en poner al alcance de todas las decrepitudes

il segreto per esser felice,

como cantan en *Lucrezia Borgia*.

M. Brown-Séquad ha comunicado solemnemente su descubrimiento á la Sociedad de Biología de París. Se trata de un elixir de larga vida. Compuesto, en virtud de una maceración en agua destilada de determinados órganos arrancados *sur le vif* á animales jóvenes, el milagroso licor—que podríamos llamar *consommé de criadillas*—se administra en forma de inyecciones subcutáneas, y unas cuantas de éstas, si no miente el sabio biólogo, bastan para rejuvenecer al viejo más cascado, devolviéndole, amén del sueño y el apetito, la plenitud de

sus fuerzas, de sus facultades y de sus... deseos.

En sí mismo ha experimentado M. Brown-Séquad todos es-



tos maravillosos efectos; y como sus dignos y respetables colegas han podido apreciarlo así—y aquí me entrego yo á las más auda-

ces hipótesis, pensando cómo habrán podido apreciar positivamente aquellos sabios el "rejuvenecimiento," de su camarada—claro es que las felicitaciones llueven sobre el afortunado experimentador, y, á par de las felicitaciones, las demandas de nuevos y completos detalles acerca del portentoso elixir.

El animal á cuya costa—¡y á qué costa, *madame la lectrice!*—ha compuesto el biólogo parisiense su caldo regenerador, es el que paga siempre el pato en las experiencias científicas: el conejito de Indias.

¡Bendigámosle con fervorosa efusión!

Y eso que el descubrimiento de M. Brown-Séquard tiene mucho de satánico.

Además de que trastorna las leyes de la Naturaleza y enmienda la plana á Dios, echa abajo aquella invocación que hasta ahora dirigíamos al místico Cordero por haber redimido nuestras culpas con su preciosa sangre:

—*Agnus Dei qui tollis peccata mundi...*

Desde ahora diremos:

—Conejito de Indias, que aumentas los pecados del mundo...

¡Ah, conejo de todos los demonios! ¡Y qué bien dijo el que dijo que el diablo tiene cara de conejo!

Este culto—metamorfosis moderna del de

Baal—va á tomar proporciones formidables; y si no fuera porque el día de mañana tendremos necesidad de apelar al elixir martinez-campista (restaurador quiero decir), sería cosa de que le declarásemos cruda guerra los que todavía no estamos, hoy por hoy, en el caso de buscar remedio á cierto género de necesidades.

Si entran las clases septuagenarias en la liza amorosa con los bríos que se atribuyen á M. Brown-Séquard, ¿quién resiste el empuje de semejante competencia?

El género se encarecerá hasta lo increíble, y si no se descubre otro elixir que convierta á las viejas en jóvenes lozanas, acabaremos muchos por maldecir el de monsieur Brown-Séquard.

Por otra parte, ya podemos despedirnos de llegar á ocupar un día los puestos que ahora tienen acaparados los señores mayores.

¡Cualquiera se atreve ya con Cánovas y Sagasta, ni con *Lagartijo* y *Frascuelo*, ni con ninguna otra de las diversas parejas de notabilidades de cada especie que aquí lo dominan todo, y que no ha muchos días señalaba en un artículo *Fray Candil!*

Volverá D. José Zorrilla á darse á conocer...

brotando como hierba corrompida
al borde de la tumba de un malvado,

y tendremos á D. Andrés Borrego capitaneando el elemento joven, y saludaremos á D. Alejandro Llorente con un ¡hola, pollo!, y veremos á D. José Valero vuelto á la flor de su edad, y Gonzalo Mora tomará



nuevamente la alternativa... ¡y hasta volverá á cantar Dalmau!

En fin, que el portentoso descubrimiento

tiene muchos inconvenientes... para los que no lo necesitamos.

Por lo que toca á los que han menester de remozarse con el prodigioso *consommé de criadillas*, bueno será que no se hagan demasiadas ilusiones; porque aunque nadie niega que el sorprendente rejuvenecimiento de M. Brown-Séquard sea un hecho de toda evidencia, nadie puede, en cambio, asegurar que ese fenómeno se deba exclusivamente á las vísceras de los conejitos de Indias y á las inyecciones del consabido caldo.

Y el que lo asegure, con su pan se lo coma.

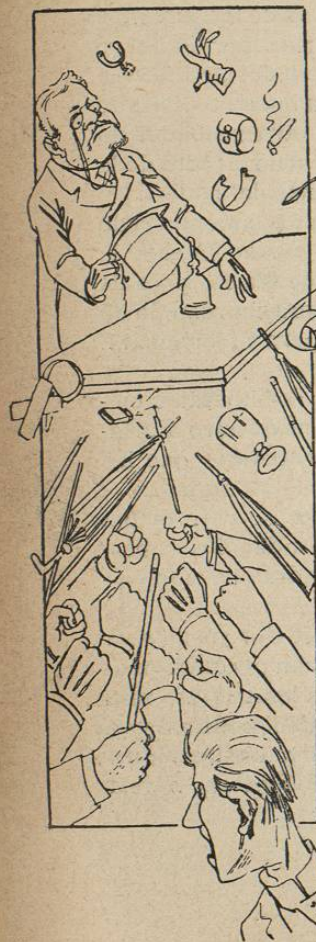
Es decir, se lo beba.

O se lo inyecte.

El descubrimiento de M. Brown, ¿será un *brownmazo*?

Junio de 1889.





La gran mojiganga.

No hay que reirse de la de París, ni hay que indignarse contra el *Gordo*, el *Gallo* y *La-gartija* por haberse prestado á "estoquear," con un plumero toros embolados.

—¿Qué idea— dicen los puritanos del arte—formarán los parisienses de nuestras corridas de toros viendo esas mojigangas?

La misma—se les puede responder—que formarían de la política

española asistiendo á los actuales debates del Congreso.

Con la diferencia, á favor de los toros, de que la impresión producida por el toreo cauto y casto de París puede modificarse con el espectáculo de una buena corrida de verdad, mientras en el otro redondel no hay más cera que la que arde (aparte de la que se llevan los sacristanes del poder).

Ante la gran mojiganga parlamentaria de Madrid, pierde todo su jocoso interés la gran mojiganga taurina de París; y es de notar que siendo la primera un remedo de la segunda, el plagio supera al original... en fuerza cómica.

Por de pronto, ¿no son los liberales embolados á quien se lidia en nuestro Parlamento bastante más entretenidos que los embolados de París?

Los de la Plaza de Toros se retiran del redondel apenas se lo mandan los cabestros. Esta docilidad engendra cierta monotonía.

Aquí ejercen de cabestros los disidentes conjurados (liberales que han perdido á manos de los conservadores los atributos más importantes de su virilidad política), y es de ver con qué terquedad y obstinación se niegan los embolados del Gobierno á dejar la arena.

—¡Al corral! ¡Al corral!—les dicen los cabestros, agitando el cencerro de la crisis.

Pero ellos se empeñan en continuar luchando, y ¡con qué éxito lucharían si en vez de estar embolados, y por añadidura resentidos de atrás, conservaran íntegras sus facultades y trajeran el sufragio universal á asta limpia!

¿Qué papel hace Cánovas en esta mojiganga?

El del *Gordo*.

Como el *Gordo*, trae aparejada "la gorda", siempre que torea.

Como al *Gordo*, le ha gritado España entera ¡que se vaya!, y, en efecto, ha hecho como que se iba, pero ha vuelto.

Como el *Gordo*, en fin, ha practicado en la mojiganga parlamentaria la suerte de dar el quiebro en silla.

Para ello, ha utilizado el sillón presidencial, puesto á su disposición por D. Cristino; ha clavado el par, hurtando el cuerpo al dar la fiera el derrote, y... ha quedado hecho trizas el sillón.

¿Y Martos?

Pues Martos, con toda su categoría de primer espada y todas sus pretensiones de maestro, no hace en esta función al estilo de París más que imitar al *Corito*, dando el salto de la garrocha.

Y como darlo, no lo da mal; porque su especialidad son los saltos, y ha ejecutado muchos y muy famosos, si no con gran limpieza, al menos con seguridad, pues siempre cae de pie.

Romero Robledo cifra toda su ambición en que se diga de él:

—¡Qué peón tan duro!

Capotazos por aquí, capotazos por allá; recortes y carreras; idas y venidas; cháchara y conversación...

No es precisamente un Juan Molina, pero se le parece bastante; sobre todo en lo de estar condenado á no formar nunca cuadrilla por cuenta propia.

López Domínguez y Cassola son las espadas... del plumero.

¿Qué es lo que hacen, en resumidas cuentas, sino "marcar," estocadas de mentirijillas?

En el trasteo (que tampoco es de los magistrales, porque estos diestros ignoran dónde tienen su mano derecha, ni menos su mano izquierda) parece que se van á tragar la tierra, y aun la luna para postre, y luego... todo queda reducido á un plumero.

¡Y si al menos quedara el plumero en el morrillo del embolado!

Pero no; eso, aunque de morondanga y bululú, tendría algún mérito, y en donde

"generalmente," ponen aquellos generales el símbolo grato al general Bum Bum, es en la paletilla ó en el rabo.

¿Habrá, después de esto, quien murmure del Gallo ó del Lagartija?

Para que el parecido entre una y otra mojiganga sea completo, hasta picadores de pura apariencia tenemos acá.

Los honorables individuos de las minorías republicanas, hombres fornidos, de recia musculatura, expertos en la pelea, buenos jinetes y armados de temibles garrochas, hacen lucidamente el paseo, ganan palmas, y después... se quedan entre barreras.

¡Lo mismito que en París de Francia!

Y como allí, hay aquí damas de uno y otro bando que se pelean en los tendidos, digo, en las tribunas; y como por allá, resulta también la fiesta demasiado cara por acá, y lo mismo que á aquélla, también asiste á ésta Ruiz Zorrilla desde un palco.



Con lo cual quedaría concluído el paralelo, si no fuera porque tengo que contestar á esta pregunta, que ya estoy oyendo á muchos de mis lectores:

—Y á Castelar, ¿qué papel le da usted en la fiesta?

El gran tribuno, como las barbianas de los pañuelos de Manila, contribuye con su espléndida oratoria de flores, pájaros y chinos, bordado todo ricamente de mil colores, al lucimiento, brillantez, variedad y pintoresco carácter de la gran mojiganga.

Julio de 1889.



EL PAPA EN VALENCIA

Voto á diez (y no digo voto á Dios, por no echarlo tan redondo al comienzo de un artículo cuyo asunto anda estrechamente emparentado con la Iglesia) que me pasma el proyecto atribuído á la Santidad de León XIII, y que me espanta su grandeza

y que diera un doblón por describilla,

ó al menos por llamarme Rafael María Liern y componer un sainete bilingüe con el título que llevan las presentes líneas, ó